

Las formas del trabajo y la historia. Una introducción al estudio de la economía política

Pablo Rieznik
Bs. As. Edit. Biblos, 2003, 157 p.

Rieznik en un momento del texto señala que aprendió de los matemáticos que el lenguaje científico debe poseer por igual armonía y belleza para explicar lo que aparece como no evidente. Creemos que en un sentido, cumplió con dicho precepto. Ya antes nos recordaba (Marx dixit) que la necesidad de la ciencia está dada porque las cosas jamás se muestran tal cual son, pues si esto fuese así aquella estaría de más. Él se va a ocupar -siguiendo el ordenamiento de la cátedra en la cual desarrolla dichos contenidos- de la *economía política* que comparte características comunes con el *corpus* científico general.

Repasemos algunas de ellas: la observación y la experiencia, la unión con la práctica (fundamentalmente desde Galileo en adelante), la regularidad (su carácter estructurado a partir de leyes que le son propias), una visión totalizante (está muy bien "desmontado" el prejuicio academicista y burgués que confunde ésta con lo "totalitario") la inexistencia de verdades absolutas (que no es lo mismo que caer en el relativismo) junto a su carácter histórico (tiene movimiento: ruptura en la continuidad, continuidad en la ruptura), materialista (en el doble sentido: hombres produciendo su propia vida en relación con la naturaleza y con los demás hombres: *ésa es su base real, concreta material*) y predictivo.

La economía política es una ciencia social: trata acerca de las relaciones entre los hombres, en la indagación acerca del tipo de relaciones sociales de producción y específicamente en la época moderna, en la época capitalista. Esta definición de economía entra en colisión con otras definiciones convencionales, académicas, que dicen que la economía trata, en definitiva, sobre el vínculo entre las cosas (p 46). Nos extendimos en la cita porque creemos que en ella se sintetiza una de sus proposiciones fundamentales: combatir tanto el ocultamiento intencionado del conocimiento por parte de los sectores dominantes, como la "charlatanería" (p 40) que existe en las ciencias sociales. Entender de esta manera la *economía política* no sólo es criticarla sino también superarla -como pretendía Marx- y no caer en el fetichismo que las propias relaciones sociales capitalistas contienen. *El centro de las preocupaciones de la economía tiene que ver con estas relaciones de producción, es decir, con las formas sociales que son propias del trabajo humano en la época moderna* (subrayado mío).

Aquí también se manifiesta con claridad un concepto clave -que incluso da título al libro: *la forma social* del trabajo. La materia natural sobre y desde la cual se ejerce el trabajo humano es común a todas las épocas históricas (tanto en el neolítico como en el período actual de senilidad capitalista) siempre hizo y hará falta relacionarse con la materia natural a través del trabajo social, lo decisivo -por su transitoriedad- son las *formas sociales* que remiten al ámbito de las relaciones sociales de producción. Al ver al

trabajo abstracto como "forma natural" la economía política no sólo eternizaba a éste sino -y lo que era su principal objetivo- al propio capitalismo. Marx decía que junto a la plusvalía, su mayor logro había sido haber descubierto el *trabajo abstracto*. Rieznik apoyándose en el ruso Rubin, nos recuerda que ésta es la parte más incomprendida de la teoría marxista: el valor es una *forma social* del producto del trabajo en un contexto determinado de la relación de producción, si ello no es explicitado parece natural que las cosas tengan valor. El ejemplo del "campamento" que utiliza para ilustrar dicha problemática, es didácticamente brillante.

Otro de los aspectos a destacar del texto en cuestión, es la revalorización que realiza para con los *Manuscritos económicos-filosóficos* de 1844. Olvidados y silenciados como "pecados de juventud" por el stalinismo, sufrieron recíprocamente la "adocenación" de ciertos humanismos burgueses y hasta católicos de la mano de Fromm, el jesuita Calvez y otros; aquí se afirma que en ellos se encuentra en germen el hilo conductor del proyecto de investigación que Marx intentará concluir casi un cuarto de siglo después. La alienación del trabajo -en sus cuatro aspectos- está hoy más vigente que hace 150 años cuando el autor de los *Manuscritos* se refirió a ella. Y con la contradicción -propia del capitalismo- que la potencia del trabajo podría llevar en la actualidad al "derecho" lafarguiano de vivir en la pereza, o mejor aún, a la emancipación del trabajo tal cual se presenta hoy para ejercerlo en forma creativa. En definitiva, lograr una objetivación (transformación de la naturaleza) sin sufrir por ello enajenación alguna.

Que el capitalismo no tiene nada de "natural" y desde sus orígenes lleva las manchas de la confiscación y la violencia -que se siguen reproduciendo como parte constitutiva del mismo para intentar su sobrevivencia- es otro de los señalamientos importantes del texto. La confusión de la economía política sobre la *propiedad*, que no distingue entre la fundada en la labor propia y aquella que está basada en el trabajo ajeno, permite entender porque el autor de *El Capital* cerraba el famoso capítulo XXIV con el llamado a "expropiar a los expropiadores".

La existencia de una *legalidad* intrínseca al sistema capitalista que se manifiesta con la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, demarca el fondo de necesidad sobre el que debe actuar el sujeto revolucionario, que es en definitiva quien permitirá derribar y construir un régimen superior a aquél. Esta visión *marxiana* que sostiene el texto, lo aleja tanto de las posiciones del economicismo mecanicista como de aquellas otras que podríamos denominar politicistas y voluntaristas. El mismo se cierra con observaciones sobre la crisis actual, la disolución de la ex Unión Soviética y el grado de internalización del capital en esta fase imperialista, que hacen inviable toda acción reformista o de surgimiento de capitalismo nacional alguno.

Queremos finalizar con una observación y unas breves reflexiones. La primera tiene que ver con que el autor menciona que la famosa aseveración "yo no soy marxista" hace referencia a la oposición de Marx a ver en su movimiento la preeminencia de un líder individual. Si bien eso era así, la citada expresión tenía que ver también -y sobremanera- con la existencia de "marxistas" que mediante un débil manejo de la concepción materialista de la ciencia, obtenían la excusa para no estudiar historia. Engels -es él quien dice esto- culmina señalando que tener ello en claro es esencial pues también de "este lado" *han salido las basuras más asombrosas*. Aclarar esto no es un detalle erudito y pedantesco, el libro de Rieznik -como ya dijimos- colabora también en el desenmascaramiento de todas las corrientes que diciéndose marxistas han caricaturizado al mismo en

grado sumó, desvirtuando uno de sus aspectos axiales: el de ser la expresión de la ciencia en el ámbito de lo social y juntamente con ello, la puesta a punto de una nueva racionalidad.

Las reflexiones se expresan en forma interrogativa: ¿no redundaría en beneficio del libro que éste tuviese un estilo y un desarrollo divulgativo aún más claro, no tanto pensado -y estructurado- para estudiantes universitarios? ¿Impulsa el partido al cual el autor pertenece -como *intelectual colectivo*- la difusión del mismo, teniendo en cuenta que quien lo escribe es uno de sus más conocidos dirigentes nacionales, llevando a cabo de esa manera una *política cultural* en el sentido más amplio del término?. Evitando forzar interpretaciones: ¿tendrá esto último que ver con la ausencia de un pensador como Gramsci en la bibliografía citada por el autor?

Guillermo Parson
Graduado en Historia
Facultad de Filosofía y Letras (UBA)